IDEARIO NACISTA

EN MARCHA

(Martes 12 de Julio de 1932).

La conciencia nacional empieza a despertar.

Un hálito de esperanza se infiltra en el ambiente, saturado hasta hoy de desaliento y cobardía. El optimismo revive en los espíritus, pues una luminosa claridad se destaca en el obscuro horizonte chileno.

Es el Movimiento Nacional-Socialista de Chile que entra a la vida. Es el orgullo de raza que renace. Es la firme voluntad de sobreponerse al desconcierto y la anarquía, para recobrar la grandeza y el prestigio nacional perdidos.

Los destinos de esta tierra, cimentados en un siglo de honrosas tradiciones, no pueden conducir al derrumbe de nuestra nacionalidad. La raza chilena, que siempre infundió respeto y admiración por su empuje y valentía, no está decrépita. Aún corre vigorosa por las venas de los hijos de Chile la sangre de sus mayores, y esa sangre, que supo forjarnos una era de prestigio y de gloria, sabrá también rebelarse esta vez contra la ignominia que agobia a la patria.

El nacismo está en marcha, y nada podrá detenerlo en su avance irresistible. El pueblo de Chile

ha resuelto, por fin, hacerse oír y respetar. Unidos en un férreo haz, los verdaderos chilenos sabrán hacer sentir su empuje formidable e imponer, con voluntad decidida, sus anhelos de paz, de trabajo y de justicia social.

Ha sonado para los chilenos la hora de la acción, la hora en que la inercia es cobardía. Ha llegado el momento de abandonar las recriminaciones y las quejas, de desentenderse de las pasiones y diferencias bastardas, para laborar, en un impulso potente y fervoroso, por la reconstrucción de Chile.

La tarea será larga y difícil, pues el mal es hondo y grave. Con todo, nuestro triunfo no es dudoso, por cuanto contamos, para conseguirlo, con la fuerza avasalladora de la juventud y con la cooperación decidida de todos los hombres sanos de la República.

¡Chilenos de todos los credos y tendencias, a la acción!

¿QUÉ ES EL NACISMO?

(Martes 12 de Julio de 1932).

El nacismo es, ante todo, un **Movimiento Nacional**: no es un nuevo partido político. Su finalidad no consiste en pretender realizar un programa rígido y dogmático, sino que en crear una «fuerza civil», que esté en condiciones de encauzar y dirigir, por medio de sus individuos de selección, los nuevos destinos políticos, sociales y económicos de la República.

El nacismo es un **Movimiento Popular**. En él habrán de tomar parte todas las fuerzas creadoras de la nación: el industrial y el obrero, el profesional y el empleado, en una palabra, toda la masa inmensa de chilenos que sólo desean orden, paz y trabajo.

El nacismo es una **fuerza moral**. Su misión fundamental es hacer renacer en Chile el orgullo de raza, rehabilitando los valores espirituales hoy adormecidos, para concentrarlos en un impulso potente, que restablecerá el prestigio nacional, traerá paz y tranquilidad a las conciencias e imprimirá a la nación un nuevo ritmo de trabajo, de orden y de justicia social.

El nacismo sabrá ser también una **fuerza física**, que no trepidará en hacer frente y poner en jaque a las hordas extremistas, si las circunstancias así lo requieren.

El nacismo es un **Movimiento Socialista**, pero no tiene punto alguno de contacto con el marxismo internacional. No está fundado en la lucha de clases, sino que en la cooperación de los grupos sociales; no desea el predominio de una clase, sino que la elevación material y moral de todo un pueblo. El concepto de lucro debe ser reemplazado, en todas las actidades nacionales, por el de «función social». El individuo, junto con laborar para sí, debe laborar para la colecividad, y en la lucha de sus intereses personales con el interés general, debe predominar éste sobre aquéllos. El individuo debe ser un «servidor del Estado», y la base de organización de éste deben constituirla los principios de «autoridad» y «disciplina».

El Estado, motor e inspirador supremo de la vida nacional, debe controlar y encauzar la iniciativa particular en todas sus manifestaciones, con el objeto de hacerla rendir el máximum de eficiencia en beneficio colectivo. El Estado debe reprimir las degeneraciones y vilezas del capitalismo parasitario y reducir el dinero a su sana función de instrumento de producción y progreso. El yugo económico del

judaísmo internacional, que en la actualidad asfixia a Chile, debe ser sacudido con energía, a fin de volver a crear una economía netamente chilena, en la que el capital extranjero sea un auxiliar eficiente y no un instrumento de conquista.

Finalmente, el nacismo, antes que los programas, considera los hombres. Chile, en los actuales momentos, más que programas, requiere personalidades vigorosas y moralmente sanas, aptas para la acción y con un claro concepto de sus deberes para con la colectividad. Por lo tanto, será tarea preferente del nacismo, seleccionar y destacar esas personalidades, para colocarlas y hacerlas actuar en el lugar que les corresponda.

HOMBRES, ANTES QUE PROGRAMAS

(Sábado 23 de Julio de 1932).

Cada vez que en Chile se pretende dar forma a una nueva fuerza política, sus organizadores comienzan por elaborar un programa completo y detallado de la labor que la nueva entidad realizará una vez que consiga llegar al Gobierno. En torno a los detalles de dicho programa, se suscitan largas y acaloradas discusiones, las que, por lo general, terminan con el fracaso de la organización antes de que ella entre a la vida.

Esta manía de pretender encuadrar de antemano todos nuestros actos públicos del futuro, dentro de un programa rígido, es sencillamente absurda. En la actualidad menos que nunca puede predecirse, con varios años de anticipación, qué es lo que concretamente va a realizar desde el Gobierno un hombre o una corriente política determinada. Los aconteci-

mientos se suceden con tal rapidez, que las soluciones que hoy se consideran como definitivas, mañana ya resultarán anacrónicas o irrealizables.

De aquí que el M. N. S. haya declarado, desde un principio, que en su labor no se sentirá en momento alguno ligado a un programa rígido y dogmático. Si disponemos de un conjunto de aspiraciones de orden constitucional, económico, social y cultural, ello se debe, principalmente, al propósito de orientar la opinión acerca de nuestras tendencias dentro de los diversos aspectos de las actividades nacionales. Al presentar un programa que en muchos de sus puntos es tanto o más avanzado que el de cualquiera de los llamados partidos de «izquierda», hemos querido dejar bien en claro que, en materia de conquistas políticas, económicas y sociales, no existen barreras para nosotros. Hemos querido demostrar que la disciplina y la tradición no sólo no se contraponen a los avances sociales más atrevidos, sino que son los antecedentes espirituales indispensables de cualquiera acción realmente grande y útil que pretenda realizarse en beneficio de la colectividad.

Lo importante para el nacismo son los hombres, y en esto nuestro Movimiento se diferencia profundamente de todas las demás organizaciones políticas. Es falso que en política lo esencial sean las doctrinas y lo secundario los hombres. Precisamente, lo fundamental, lo que jamás debe perderse de vista en ella, es el factor humano. Tan cierto es esto, que la historia de los pueblos, la gran historia, es sólo una sucesión de biografías de grandes hombres y no de dogmas.

La tarea del nacismo consistirá, por lo tanto, en hacer destacarse de la masa anónima y amorfa a los

hombres de raza, a los políticos de verdad, a los que sepan anteponer las realidades a las doctrinas y sean capaces de reimprimir a Chile, con la fuerza de sus personalidades vigorosas, el sello de prestigio y de grandeza que tuvo antaño y de que hoy carece.

REGIMEN DE ASAMBLEAS

(Sábado 30 de Julio de 1932).

El nacismo repudia el régimen de asambleas como base de la organización política.

En efecto, las asambleas políticas son del todo incompetentes para abordar la solución de cualquier problema de interés general, por sencillo que sea. Compuestas de elementos de las más variadas condiciones intelectuales, morales y sociales, constituyen un todo heterogéneo y sin consistencia. La lógica colectiva que en ellas impera es en extremo simplista e irreflexiva. Sus decisiones las toman, por lo general, sin ninguna meditación previa y sin detenerse a medir su alcance. Basta, comúnmente, la palabra de uno o dos oradores de prestigio en el grupo para que éste se manifieste decidido y adopte, sin mayor examen, las resoluciones más absurdas y aventuradas. Las voces de la razón y de la cordura sólo rara vez logran convencerlas; mucho más pueden sobre ellas los arranques fogosos y los gestos grotescos de los demagogos. Apasionadas hasta el misticismo, desconocen toda transigencia, por lo que son capaces de cometer los peores atropellos y las más inícuas injusticias.

Por otra parte, las asambleas son siempre enemigas de las superioridades. Para elegir sus dirigentes y representantes no se atienen a la capacidad

y a la integridad moral de los individuos, sino que a ciertas cualidades superficiales y muy principalmente a las condiciones oratorias. Una frase sin sentido, pero altisonante y dicha con fuego, o un gesto insincero, pero vehemente, tienen para una asamblea mucho más mérito que largos años de labor eficiente en beneficio de los intereses colectivos. Incapaces de ejercitar otra actividad que la palabra, se manifiestan ineptas para apreciar el valor de los hechos. La frase lo constituye todo para ellas. La acción eficaz y constructiva la consideran siempre algo secundario.

Chile, que fué víctima, durante largos años, de la tiranía anónima y sin control de las asambleas de los partidos políticos, no desea volver ni volverá jamás a ese régimen disolvente y nefasto. De aquí que los chilenos no estemos dispuestos a aceptar que aquéllas continúen arrogándose la representación nacional, so pretexto de encadenar aún las aspiraciones del pueblo.

La voz de las asambleas de los partidos sólo representa, en la actualidad, los postreros esfuerzos de una politiquería desplazada y repudiada por la conciencia nacional, para continuar manteniendo en sus manos el timón del Estado. El socialismo de última hora que han dado en proclamar, no puede ya convencer a nadie, pues sólo tiende a engañar una vez más a la opinión pública del país, para tratar de ponerla, también esta vez, al servicio de los apetitos del cardumen de ineptos que buscan en los manejos de la baja política una compensación de sus fracasos en la lucha honrada por la vida.

SACRIFICIOS

(Sábado 30 de Julio de 1932).

Toda crisis es destrucción de valores. En ella se liquidan los malos negocios, se pierden ahorros acumulados, se disuelven industrias, se arruinan empresas. Esto es inevitable.

Pero entre nosotros hay muchos que consideran la crisis como un mal que se puede hacer desaparecer aplicando alguna receta mágica. Son muchos los que alientan la esperanza de que el día menos pensado se levantará la neblina y aparecerá el sol resplandeciente. La crisis quedaría detrás de nosotros como una pesadilla.

Aquel día vendrá, sin duda alguna. Pero, para que venga, es preciso producir previamente el proceso de higiene económica. Hay que destruir definitivamente todo aquello que es putrefacto, que constituye un peso muerto dentro de las actividades del país. Hay que liquidar las empresas que no permiten ser mantenidas, debido a su excesivo endeudamiento.

Los países que no tengan el valor moral de proceder a esta higiene económica, quedarán rezagados en la evolución universal. Serán aniquilados por aquellos que hayan reconstruído un núcleo de empresas sanas y vigorosas.

No hay otra alternativa.

La inflación agrava la crisis, no la aniquila. Es inútil envolver a toda una nación en la danza de los millones. Es inútil pensar en que la economía marchará a expensas de los billetes emitidos.

La solución no es esa. Tales medidas nos apar-

tan cada vez más de ella. La única solución es aquella que proviene de la acción del hombre.

Expulsando a los falsos profetas, emprendiendo una ofensiva resuelta y enérgica contra la crisis, primero mediante el proceso de higiene económica y en seguida, haciendo trabajar honradamente al país, lograremos restablecer la normalidad.

Para ello es necesario hablar con franqueza y absoluto realismo, dejando a un lado toda clase de ilusiones. La verdad fundamental en materia económica, es que la riqueza de los pueblos proviene de su trabajo constante, honrado y tesonero.

En Chile, el trabajo ha perdido su sentido en los últimos decenios. No ha habido dirección consciente de la economía; apenas ha habido verdaderos trabajadores. La gran mayoría de las así llamadas clases superiores, han vivido de rentas derivadas. Sus entradas no provenían de un esfuerzo intelectual o físico. El pensamiento creador parecía haberse extinguido. Por eso fué reemplazado por el elemento extranjero que maneja nuestra economía.

Habituadas a la vida cómoda en la capital, las clases dirigentes se han acostumbrado a considerar todos los problemas desde su punto de vista, que es el leguleyo.

Ahora les ha sonado la hora de los sacrificios. Es inútil pensar en poder eludirlos. El proceso histórico en que nos encontramos actualmente, significa una revolución universal. Caerá todo lo que no merece ser sostenido. La alternativa es precisa y no admite soluciones ambiguas.

El Movimiento Nacional-Socialista repudia los métodos demagógicos. No pretendemos ofrecer al pueblo los espejismos de los ilusos o interesados. Queremos hablarle con absoluta franqueza.

El que en la hora actual cree que puede hacer lucro personal, no ha comprendido la seriedad de la situación. La liquidación necesaria significará la pobreza general, pero una pobreza saludable, una pobreza sobre la cual se puede construir un nuevo edificio social, más justo, más humano, más perfecto. Desde el fondo del alma popular se levantará una tormenta creadora. Y esa tormenta será la salvación.

FUERZA MORAL

(Martes 2 de Agosto de 1932).

Cuando un pueblo se halla en estado de desorientación política, social y económica, toda tentativa de restauración de sus fuerzas materiales resulta estéril, si previamente no se efectúa un reajuste de sus valores espirituales.

Es una ilusión creer que uno o varios hombres, por amplios que sean los medios de acción de que dispongan, puedan operar la transformación radical de un estado de cosas que no es sino el reflejo del caos moral en que se debate el país, hace ya más de un decenio. El cambio de unos hombres de gobierno por otros carece en absoluto de eficacia, cuando el mal que aqueja a la nación emana de ella misma, o sea, cuando la incapacidad de los gobernantes no es sino la consecuencia de la abulia política y la cobardía de los gobernados.

De aquí que el M. N. S. considere como condición prévia de la tarea de reconstrucción nacional que ha echado sobre sus hombros, la de constituir una fuerza moral capaz de imprimir a la política chilena el ritmo de austeridad y de vigor que requiere

la nueva concepción del Estado que encarna el nacismo. Mientras esa fuerza no exista, mientras las energías vitales de la nación no se concentren en un sólido haz, toda tentativa de reconstrucción resultará estéril.

Ahora bien, la formación de esa fuerza no puede ser obra de la improvisación, ni puede estar basada en reacciones pasajeras, tan fugaces como las causas que las motivan. En momentos de zozobra como los actuales, resulta en extremo sencillo reunir en torno a cualquiera tentativa de defensa colectiva un numeroso grupo de adeptos. Pero, la simple reunión de individuos aguijoneados por el temor o por la necesidad de protección de sus intereses materiales, no basta para constituir la fuerza moral que requiere el país para salir de su postración. Es necesario que a producir esa unión concurra un fin más noble, más idealista, un fin en que, por sobre todos los intereses materiales, prime un deseo vehemente de engrandecimiento patrio.

Sólo una fuerza así constituída será capaz de vencer el peso muerto de las ambiciones y los apetitos que hoy nos agobia. Sólo esa fuerza moral que el nacismo ha llamado a la vida, hará doblegarse todas las resistencias que pretendan oponerse al renacimiento de Chile.

JUSTICIA SOCIAL

(Sábado 6 de Agosto de 1932).

Mucho se ha abusado en los últimos tiempos de este concepto. En las las asambleas de los partidos, en los mítines callejeros, y en las proclamas revolucionarias, las palabras «justicia social» han sido el

amplio cobertor de todas las miserias que a diario nos ha tocado palpar y sufrir durante tantos años.

Al amparo de estas palabras se ha engañado al pueblo, se ha explotado su credulidad, se ha envenenado el ambiente chileno hasta hacerlo irrespirable. Al mismo tiempo, se han cobijado debajo de ellas toda clase de inepcias y peculados, y al abrigo de su llamado redentor se ha labrado la más completa ruina moral y material de Chile.

También el nacismo esgrime la bandera de la justicia social. Pero, al hacerlo, no pretende levantarla como estandarte de bastardas ambiciones, sino como la más noble de las aspiraciones que pueden anidar en el alma humana. Justicia social es para nosotros sinónimo de unión y armonía de clases, de renunciamiento del individuo en beneficio de la colectividad, de reconocimiento del derecho y del deber de los intelectual y moralmente más capaces, a destacarse y a surgir en la vida.

No pretendemos halagar las bajas pasiones, ni explotar los dolores y sufrimientos del pueblo con fines demagógicos. Queremos, sí, despertar su conciencia adormecida, a fin de mostrarle el único camino que conduce al renacimiento nacional. Queremos desenmascarar a los agiotistas y especuladores, cuya sed insaciable de lucro ha entregado la economía chilena en manos del judaísmo internacional, y a esos otros especuladores del hambre y la miseria, mercenarios al servicio de las hordas soviéticas, que intentan introducir en nuestra patria la destrucción y el caos.

El capitalismo parasitario, que oprime y asfixia nuestras fuerzas productoras, y el comunismo moscovita, aliado de aquél, que pretende anarquizar y derribar toda la estructura social y económica de la

República, serán aniquilados por el nacismo. Sobre sus ruinas, levantaremos el nuevo edificio de nuestra nacionalidad, en el que la justicia social no será un mito, sino que una realidad vivificante, y en el que todos los chilenos laborarán unidos por la prosperidad y la grandeza de la patria.

LA GRAN FARSA

(Sábado 13 de Agosto de 1932).

La legislación social de Chile es una de las mejores y más avanzadas del mundo. Esta frase la hemos oído repetir innumerables veces, y no sin fundamento; pues son pocos los países que pueden ostentar un conjunto de leyes sociales más completo que el nuestro.

Muy diversa, empero, es la situación, si se la analiza desde el punto de vista de las realidades. En efecto, basta echar una mirada en torno nuestro, para abarcar la enormidad de la farsa que significa todo ese aparato de legislación social con que pomposamente nos presentamos ante el extranjero.

Estamos abrumados de leyes protectoras de las clases populares; el comercio y la industria se asfixian bajo el peso de sus exigencias y gabelas; en la capital se alzan imponentes los rascacielos de incontables cajas y direcciones generales, en cuyo interior hormiguean regimientos de empleados, y en la mantención de estos servicios se invierten anualmente cientos de millones de pesos. Sin embargo y a pesar de tanto derroche y ostentación, nuestras clases asalariadas arrastran hoy una vida más desamparada y miserable que nunca. Las lacras de todo género que han venido minando el vigor físico

de nuestra raza, lejos de disminuir, aumentan de día en día. El alcoholismo, la tuberculosis y la sífilis hacen estragos cada vez mayores en el pueblo. En las grandes ciudades crece de un modo alarmante el número de esos verdaderos guiñapos humanos que sólo en Chile es dado contemplar. Los problemas de la constitución de la familia, de la vivienda y de la alimentación popular, de la asistencia de los enfermos y desvalidos, de la mortalidad infantil, continúan hoy tan sin solución como hace veinte años.

Pero no importa. Lo esencial para nuestros políticos no es solucionar estos males, sino que aprovecharlos como armas en las luchas partidistas. Lo esencial es amontonar leyes y más leyes, sin averiguar si ellas serán o no cumplidas. Lo fundamental es crear nuevos servicios, con títulos sonoros y ostentosas intalaciones, y en los cuales haya posibilidad de dar colocación bien remunerada a los amigos y correligionarios.

Es ésta la más triste y vergonzosa de todas nuestras farsas.

POR LA RAZON O LA FUERZA

(Martes 16 de Agosto de 1932).

Hay quienes creen que el M. N. S., es simplemente un nuevo partido de centro, destinado a ocupar un lugar equidistante entre los extremismos de derecha y de izquierda. Esta creencia ha llevado a ciertos grupos, de tendencias genuinamente liberales, a manifestarnos que estarían dispuestos a fusionarnos con nosotros, siempre que elimináramos de nuestras Declaraciones Funadmentales y Progra-

ma algunos conceptos que esos grupos consideran demasiado violentos o avanzados.

Ya hemos contestado, en forma terminante y definitiva, que no aceptamos fusiones de ninguna especie. No rogamos a nadie para que ingrese a nuestro Movimiento. Los centenares de chilenos que hasta ahora se han incorporado a él lo han hecho espontáneamente, llevados sólo por el entusiasmo de servir una causa que han comprendido que es de salvación nacional. Y en esta misma forma, sin apartarnos un ápice de la ruta que hasta ahora hemos seguido, continuaremos adelante, hasta obtener el éxito definitivo, que ya nadie nos puede arrebatar.

Los timoratos, los que se aferran a los dogmas añejos, los que consideran que el momento es de discusiones y estudios, antes que de acción enérgica y decidida, no deben esperar nada de nosotros. El espíritu que nos guía dista un mundo de ese eterno liberalismo, mediocre e insulso, que, en su afán de mantenerse en el fiel de la balanza de las luchas políticas, sólo logra constituir un conjunto anodino de personajes graves y presuntuosos, más aptos para discutir sesudamente en una academia, que para tomar posiciones en una lucha de cuyos resultados depende la vida de un país.

Ni el comunismo, ni la anarquía política se vencen con discursos académicos. Para aniquilar estas plagas es necesario recurrir a la lucha franca y abierta, a la lucha sin cuartel, tanto en el campo de las ideas como en el de los hechos. No se trata de ya de discutir programas, ni de proponer soluciones teóricas para los males que aquejan al país, sino que de actuar con energía y decisión, de dejar a un lado timideces y prejuicios, para aplicar, en todo su alcance, el lema de nuestro escudo nacional: **por la razón o la fuerza.**

DEMAGOGIA

(Martes 23 de Agosto de 1932).

La política chilena desde 1920 se caracteriza por el predominio cada vez mayor en ella del espíritu demagógico. A medida que los conceptos de la economía individualista han sido desterrados del ambiente político nacional, nuesros hombres de gobierno han creído necesario dedicarse a halagar en toda forma las pasiones de las multitudes, para no desentonar con las nuevas tendencias socialistas y conquistarse las simpatías populares.

Este criterio esencialmente demagógico ha presidido todos nuestros actos políticos y administrativos de los últimos años. Las medidas gubernativas se han adoptado, no en consideración a los efectos saludables que ellas pudieran producir en el organismo nacional, sino que en atención, exclusivamente, a la acogida favorable que habrían de encontrar en las masas. La obsesión de nuestros gobernantes ha sido dar. antes que nada, satisfacción a los sentimientos y apetitos de la multitud. Lo esencial para ellos ha consistido en conquistar popularidad, aun cuando para conseguirlo hayan debido sacrificar el interés del país.

Debido a este afán de popularidad, no hemos logrado, hasta ahora, constituir un Gobierno genuinamente nacional. De la plutocracia imperante en las postrimerías del liberalismo, hemos pasado a la más desenfrenada demagogia; de la antigua política de zancadillas y encrucijadas de salón, a la de los mítines callejeros y de las proclamas y los discursos jacobinos.

Nuestros hombres dirigentes han perdido por completo la noción del verdadero rol del estadista, que es el de abordar los problemas del Estado con prescindencia de toda consideración de orden personal o sentimental. El hombre de Estado debe resolver él los problemas cuya solución ha tomado a su cargo, y no esperar que ésta le sea dada o impuesta por la masa. Y debe resolverlos conforme a los dictados de su conciencia, aun a riesgo de poner con ello en juego su popularidad.

El gobernante que carece de la entereza moral necesaria para proceder en esta forma, no está a la altura de su misión.

INDIFERENCIA POLITICA

(Martes 30 de Agosto de 1932).

Un tipo de hombre es excesivamente común en nuestra patria: el indiferente. Para él no hay problemas nacionales graves. Los cambios de Gobierno carecen de importancia, las conmociones internas son ante sus ojos simples juegos de niños, las discusiones políticas no le merecen mayor atención, en suma, mira la situación gravísima en que se debate Chile ahora más que nunca, con una pasividad realmente encantadora. Las cosas, según su criterio, se solucionan por sí solas, y si no, ya habrá quien las encarrile.

No es uno de los menos culpables el indiferente de que Chile haya sido presa tantas veces de gobernantes audaces e improvisados. ¿Y cómo iba a ser de otra manera, si el indiferente no aporta el bagaje de ideas y de acción que cada ciudadano está obligado a aportar, ni tiene la más mínima con-

vicción propia, y da su asentimiento tácito a las situaciones políticas más absurdas que se puedan presentar?

El indiferente, aunque parezca inofensivo, es uno de los parásitos temibles de la cosa pública.

También contra él nos proponemos luchar, hasta hacer de él un elemento productivo y útil a la reconstrucción ideológica del país.

VUELTA A LA CONSTITUCIONALIDAD

(Sábado 3 de Septiembre de 1932).

Llevamos exactamente ocho años de contínuos trastornos y vaivenes políticos, tiempo durante el cual los regímenes de hecho se han alternado con fugaces «retornos a la normalidad constitucional». Desde que, en Septiembre de 1924, las fuerzas armadas dieron en tierra con el régimen democrático-liberal de Gobierno, todos los intentos de dar un nuevo rumbo definido y estable a nuestra política han fracasado.

La revolución de 1924 puso término a una era de la vida política chilena, sin que sus actores se dieran cuenta cabal de ello. Fué esta inconsciencia del hondo significado de ese fenómeno, lo que motivó su fracaso. Con visión simplista y superficial de los acontecimientos, se creyó que la dictación de una nueva Carta Fundamental devolvería al país la estabilidad política perdida, sin observar, quienes así pensaban, que lo que el movimiento revolucionario había eliminado no eran los artículos de un Código, sino que todo el espíritu de una época. No fué extraño, por lo tanto, que los hechos se encargaran,

casi en seguida, de dejar en descubierto la ingenuidad de esa *ilusión* .

Hoy, después de largos años de vicisitudes y zozobras, y fresco aún el estrepitoso fracaso del último intento de constitucionalismo, los eternos ilusos vuelven a poner todas sus esperanzas de redención política en los artículos de una nueva Carta Fundamental. Al mismo tiempo, las huestes de los viejos partidos, aunque zarandeadas y maltrechas, se aprestan una vez más para reconquistar su predominio perdido. Famélicos de cargos y de prebendas, los elementos que dominan en ellas no se resignan a dar por definitivamente perdido su antiguo predominio, y ante esta nueva oportunidad que se les presenta, de reconquistar sus posiciones tradicionales, se esfuerzan por volver a dar alguna cohesión a sus raleadas filas.

Todas nuestras revoluciones sólo han logrado ofrecernos, como resultante concreta de su acción, la vuelta a la «normalidad constitucional», o sea, el regreso al antiguo punto de partida, no sin haber dejado cada vez en el camino una parte de nuestro prestigio y algunos jirones de nuestra nacionalidad. Y en definitiva, cada uno de esos «retornos constitucionales» no ha sido sino el preludio de nuevos y más graves descalabros.

Tiempo es ya de que nos convenzamos de que las Constituciones, por muy bien concebidas que estén, carecen de toda eficiencia para dar forma y estabilidad política a los pueblos, si detrás de ellas no existe una fuerza espiritual que las anime y les dé vida.

COHECHO

(Sábado 3 de Septiembre de 1932).

Así se denomina el arma con que los partidos políticos han hecho triunfar sus «grandes programas de redención social», personificados en un candidato cualquiera.

Si la mayoría del electorado no tiene idea de sus debereres ni de sus derechos, ¿por qué no la ponemos de nuestro lado por un medio tan sencillo, como es el de comprar votos a cinco pesos? Tal es la doctrina que ha dominado en los comicios electorales hasta la fecha. En esa masa que vota por un figurón político, no hay convicción ideológica ni nada que se le parezca; hay sólo el deseo de ganarse un poco de dinero sin pérdida de energías físicas, aunque sea sacrificando en absoluto la dignidad civil.

¿Puede alguien extrañarse, después de considerar esto, de que los Gobiernos que parecen la expresión genuina de la voluntad popular, caigan al menor embate, al más mínimo ataque a su constitución fundamental? Como se derrmba un castillo de naipes al soplo de un niño, se desploman, mostrando un interior hueco, donde se creía encontrar la roca dura e inquebrantable de la decisión nacional. Se formaron sin el apoyo de una opinión pública convencida, y cayeron sin que ésta tampoco interviniera para nada. La obra de unos cuantos, es destruída por la de otros pocos, y frente a este juego de alternativas, el país entero se siente impotente para reprimir el mal.

El M. N. S. tiene una opinión distinta de lo que es gobernar un país. Mientras los partidos políticos se contentan con un Presidente en la Moneda y una

mayoría en el Congreso, elegidos siempre por una fuerza que no es la de la mayoría consciente de la nación, el M. N. S. aspira, antes que a nada, a reunir en torno a su bandera, la bandera de Chile, una corriente fuerte y sana de la opinión, que esté dispuesta, no sólo a elegir un gobernante, sino también y esto sobre todo, a apoyarlo, con toda la fuerza de sus vidas, contra los ataques de los de arriba, de los de abajo, de todos aquellos, en fin, que pretendan superponer su interés personal al bien colectivo.

NACISMO Y LIBERTAD

(Sábado 10 de Septiembre de 193)2.

¿Qué se entiende por libertad política? Es el predominio del Estado sobre todos los poderes ocultos o disfrazados que entraban, dentro de una sociedad, el desenvolvimiento de la persona humana, o que sojuzgan, por su influencia, una nación o una raza a otra.

La libertad política de Chile está amenazada principalmente por la influencia corruptora de la finanza internacional, para nosotros, de origen y tendencia norteamericana, y por el peligro revolucionario del comunismo ruso. Ambos poderes, de caracteres completamente diferentes, tienen, sin embargo, un interés común, que sabe encontrar, llegado el momento, las bases y término de un completo acuerdo. Ese interés es el desarme de la conciencia nacional, que conviene igualmente a la Finanza y al Soviet.

El nacismo denuncia ambos poderes y pretende sojuzgarlos, creando en el país una noción del Estado lo bastante vigorosa para ponerlos a raya. En

esto se distingue de los partidos políticos liberalizantes, que se adormecen en la utopía de una libertad gratuita y vacía, de corte jurídico, cuyo efecto inmediato es la anarquía interna y la humillación exterior.

Para el nacismo, que aparece después de más de un siglo de liberalismo, no existe el problema de la libertad política en el sentido individual. Demasiado sabemos que ella no significa absolutamente nada, ni políticamente ni económicamente, que ella no es más que un vano formulismo, que sirve de indistinta etiqueta a todos los intereses, principalmente a los más fuertes, cuya prosperidad está ligada a la debilidad del Estado.

El Estado poderoso, independiente, justo y digno, he ahí la fórmula de la cual ha de salir la Libertad, la libertad del ciudadano y de la nación. De ese Estado solamente emana la Ley, norma a la vez de justicia y de equidad, y cuyo efecto, más o menos desconocido entre nosotros, consiste en ser aplicada por el Juez.

Una imagen adecuada de la Libertad ciudadana que preconiza el nacismo, es la escena del molinero de Sans-Souci, el humilde, que lanza a la cara de Federico su célebre amenaza: «Hay jueces en Berlín».

NACISMO Y SOCIALISMO

(Martes 13 de Septiembre de 1932).

El socialismo utópico del siglo XVIII fué simplemente humanitario. El socialismo político del siglo XIX fué igualitario y nivelador. El socialismo triunfante del siglo XX es revolucionario y dictato-

rial. Quien se dice hoy día socialista, se declara partidario de un Estado omnipotente, no de un lloriqueante Estado humanitario, ni de un envidioso Estado igualitario.

El nacismo es socialista, no a la antigua, como los partidos políticos liberalizantes, sino a la moderna, y propicia el etatismo como la única arma suficientemente poderosa para permitir el gobierno. Pretendemos realizar la justicia social no en los programas, sino en la realidad, que quiere decir desde el Gobierno.

Pero es bueno que todo el que se diga socialista fije bien su posición. El sentimentalismo humanitario, incompatible con la idea de selección y perfeccionamiento, ocupa el último lugar en nuestras afecciones. El igualitarismo materialista, que mide al hombre por su valor en riquezas y acaba por ignorar la dignidad del pobre y por dignificar la petulancia del afortunado y del poderoso, tampoco nos seduce con sus estériles utopías económicas.

La idea nacista de la justicia social está basada en un cierto grado de desprendimiento, por el cual el individuo abandona sus preocupaciones egoistas, para convertirse en una célula útil al complejo socia. Es esta integración del hombre a la colectividad la que le da su grandeza al conjunto y su dignidad a cada cual. No es más digno, dentro de este concepto, el que ocupa el más alto puesto, sino el que mejor sirve.

Lo que nuestra acción tiene de socialista, es que rompe con los prejuicios de clase, relegándoles a la impotencia y al olvido; que dignifica las funciones más humildes, poniendo de relieve el primordial interés social que va ligado a todas ellas; que orienta

las capacidades en el sentido del interés colectivo, destruyendo en germen ese desaforado arribismo que se inculca a nuestra juventud como ideal de vida.

SANCION SOCIAL

(Sábado 17 de Septiembre de 1932).

Hay dos clases de sanciones para los delincuentes: la legal y la social.

El Estado liberalista de la revolución francesa proclamó el principio de la libertad del individuo en la forma más absolúta, sólo limitada por las disposiciones del Código Penal. Este principio fué defendido expresamente contra la vigencia del Código Moral que antaño había regido en la sociedad humana.

El principio de la sanción legal fué aceptado con especial agrado en nuestros países ibero-americanos, en que desde la Colonia regía la norma de que «el caballero no puede ser delincuente».

Conforme a ella, el individuo tiene derecho de cometer fraudes, robar y aún asesinar, sin que exista una sanción correspondiente. Especialmente los fraudes y robos cometidos al Estado son comentados con verdadera benevolencia. Al ladrón se le dice que «tuvo mala suerte». Y como la sociedad no desea castigar y tiene, además, muy mala memoria, dentro de pocas semanas el delincuente es admitido por ella como si jamás hubiera ocurrido algo.

El nacismo no sólo pretende poner orden al caos en que vivimos, sino que desea establecer una sanción social elevada e inflexible para todos aquellos que comercian con el Estado en forma vil o que perjudiquen a sus congéneres en forma criminal.

No admite como miembro a ninguna persona que tenga una tacha moral. Jamás permitirá que lleguen a ocupar cargos públicos los que hayan cometido la menor infracción contra el Código Moral. Los comerciantes inmorales serán expulsados del templo del Estado.

Para el nacismo, la sanción social es más importante que la legal.

Una sociedad que pretenda elevarse sobre su nivel actual de postración moral, necesita reaccionar violentamente contra los males arraigados, excluyendo de su seno a aquellos que crean poder colocar sus intereses personales sobre los nacionales.

No obstante la sanción legal rigurosa y sin contemplaciones, en el Estado Nacista habrá una sanción social más poderosa aún: habrá sonado la hora para los tiburones que han convertido el Estado en un objeto de lucro personal.

NACISMO Y TRADICION

(Miércoles 21 de Septiembre de 1932).

Ciertos ingenuos, afiliados ideológicamente a los partidos políticos liberalizantes, invocan la tradición para desalentar la corriente innovadora que pretende, ante las duras y amargas realidades recién reveladas por la crisis en toda su crudeza, formar una conciencia política de defensa de la nacionalidad. ¡La tradición! ¡Hermoso término y cuán mal comprendido!

La tradición no es la pendiente, no es la ley del menor esfuerzo, no es la plácida actitud del buen viejo Turgot: «laissez faire, laissez passer». La tradición no es todo lo bueno y lo malo que ha sido

hasta ayer y sólo hasta ayer. Esa es la historia, la cual, habiéndonos valido la anarquía interna y la entrega al extranjero, merece ser revisada, verificada por la crítica, comprendida y aprovechada por esta generación, que encuentra la patria en trance de muerte y que tiene el deber de señalar sin ambages las causas de desagregación que han actuado desde largo tiempo, sin encontrar resistencia.

¿Cuál es nuestra tradición nacional: los Gobiernos de autoridad o los regímenes parlamentarios, el sufragio universal verdadero o el sufragio rectificado por la intervención o el cohecho, el Gobierno de una oligarquía plutocrática, o de una democracia siempre abierta a los nuevos aportes sociales? Preguntas bien capciosas para esos espíritus que invocan la tradición, sin ver que la tradición está rota en jirones, que está perdida y que ésta es precisamente la causa de la peligrosa desorientación de los espíritus, de la cual, como un fruto maduro, sale, irremediable, la anarquía.

Nuestra tradición nacional se encuentra asilada hoy día en personalidades dispersas o en grupos aún incipientes, como el nacismo, de ninguna manera en colectividades políticas que han perdido la noción de su utilidad y de su objeto, que es gobernar, para dedicarse, con desesperada ceguera, al juego electoral o al juego de los programas.

Esas colectividades están fracasadas, porque sus prejuicios y sus métodos, que les permiten seguir cosechando votos en cantidades, les impiden en absoluto hacer gobierno responsable. Y es bastante. El juego electoral es incompatible con la noción de gobierno, no tal vez esencialmente, pero sí prácticamente en nuestro mundo político corrompido, donde la pasividad de la masa — que nunca ha intervenido

conscientemente en las elecciones — y la correspondiente preponderancia del caudillaje, le quitan toda seriedad y toda fuerza efectiva al veredicto de las urnas.

Nuestra tradición política es corrompida y no coincide con la tradición de un país que tiene un pasado y aspira a un porvenir. Nuestra tradición nacional nos señala en América un puesto de honor, que hemos desertado, y nos enseña que, para recuperarlo, debemos apelar a la conciencia del pueblo y no solamente a los votos del pueblo. Debemos apelar a la conciencia de los hombres y mujeres, planteando ante ellos, clara y lealmente, el problema básico de nuestro desgobierno, de la necesidad de un Gobierno responsable.

El nacismo apela a la conciencia de los chilenos, y esa conciencia ha de despertar, para ver, con cándida mirada de niño, lo que nuestros juristas y doctrinarios políticos no ven: que hemos perdido nuestras riquezas y debemos recuperarlas; que hemos abandonado al pueblo y que él es, sin embargo, el más rico de los capitales; que nuestra miserable política doctrinaria nos ha sumido en la indigencia moral y económica, a la vez que la voluntad resuelta a desarrollar al límite las virtualidades de la raza, tendrá la virtud de unirnos, de encender nuestro patriotismo y de hacernos volver al fiel de una tradición tanto más gloriosa, cuanto más esforzado y espléndido sea el porvenir que estaremos creando.

CIVILIDAD

(Sábado 24 de Septiembre de 1932).

Desde el derrumbe, en 1924, del régimen democrático-liberal de gobierno, el país ha sido invadido, en repetidas ocasiones, por violentas ráfagas de civilidad. Hace escasamente un año, un verdadero huracán civilista se desencadenó de norte a sur de la República, lo que a muchos ilusos hizo creer que quedaba desterrada para siempre la intervención en el Gobierno de los elementos militares. Los acontecimientos se encargaron muy pronto de probar la ingenuidad de esta ilusión.

Hoy, que nuevamente domina en el país un marcado ambiente de fronda civilista, es de manifiesta conveniencia aclarar algunos conceptos, con el objeto de precisar el verdadero alcance de las tendencias del momento.

¿Qué se entiende por civilidad?

Para los partidos históricos y sus hombres, la civilidad no consiste en otra cosa que la vuelta lisa y llana al régimen constitucional de antaño. Lo único que les preocupa es que el país entre nuevamente, en cualquier forma, a su antiguo quicio democrático-liberal, o sea, que se retrotraigan las cosas al estado que tenían antes del año 1924. El regreso a la civilidad significa, para esos elementos, la restauración de la vieja política de componendas y transacciones, de lenidad gubernativa, de repartición de los puestos de la administración pública según las «fuerzas electorales» de cada grupo, de postergación indefinida de las soluciones de todos aquellos problemas que en alguna forma puedan afectar a los

intereses inmediatos de los potentados de la banca y de la tierra.

A su vez, para los elementos anárquicos y comunistas, la civilidad se traduce en la posibilidad de desarrollar sin embozo ni freno su campaña desquiciadora. Gobierno civil y gobierno débil son, para esos elementos, términos sinónimos. De aquí que sean ellos los más decididos amparadores del civilismo que propician los partidos, seguros de que sólo a la sombra de éste podrán acrecentar, sin ser molestados, sus fuerzas de destrucción.

También los nacistas aspiramos al retorno de la civilidad en el Gobierno, pero nuestro concepto del civilismo dista un mundo del alcance que al mismo dan en estos momentos los partidos liberales y la prensa que los sirve. No luchamos, como aquéllos, por la restauración de la mentira liberal-democrática, sino que por una renovación completa del alma política nacional. Queremos que el elemento civil del país abra los ojos y vea la realidad, que se una en torno a los altos intereses de la patria y no a determinadas banderías doctrinarias. Queremos que los espasmos de histerismo civilista que de tiempo en tiempo nos sacuden, sean reemplazados por una fuerza efectiva y permanente, que por su sola presencia pueda mantener a raya el caudillaje. Queremos un civilismo que, junto con volver a dar al país una forma política definida y estable, sea también capaz de levantarlo de su postración social y económica, y de imprimir a los organismos administrativos un sello de la más alta honestidad y eficiencia.

Para nosotros, el civilismo no se confunde con las fórmulas rígidas e inamovibles en que pretenden

reencuadrarlo a toda costa los políticos de los tiempos idos. No deseamos reanimar un cadáver, sino que crear una nueva vida.

HACIA UN NUEVO FRACASO

(Martes 4 de Octubre de 1932).

El nacismo afirma que la normalidad institucional del futuro no se obtendrá con el retorno a los antiguos moldes liberal-democráticos. De aquí que los fervores constitucionalistas del momento no signifiquen para nosotros sino uno de los tantos espasmos de la dolencia que hace ya cerca de diez años aqueja al país.

Una vez más debemos insistir en que es inútil pretender resucitar la etapa de nuestra vida política que expiró en 1924. Es inútil hablar de gobierno normal, mientras la dirección de la política chilena permanezca entregada a los partidos históricos, y es igualmente inútil que esos partidos pretendan cambiar sus programas y repasen una y otra vez en las tareas gubernativas a los mismos hombres de antaño. La realidad inexorable de los hechos no admite otra alternativa que ésta: o un cambio radical y absoluto en nuestros conceptos y métodos políticos, o la continuación indefinida de la anarquía.

Es indudable que el país requiere orden y regularidad en el funcionamiento de sus instituciones, y que es preciso e ineludible volver a encuadrar sus actividades dentro de un marco de legalidad. Pero orden y legalidad no son ya sinónimos de constitucionalismo liberal. Muy lejos de ello: en la actualidad, esos conceptos son totalmente antagónicos.

Durante el siglo pasado, o sea, mientras el libe-

ralismo fué inspirador de nuestra vida política y económica, la Constitución democrático-liberal que nos regía desde los comienzos de ese siglo, pudo ser la eficaz generadora de nuestra normalidad institucional. Ella reflejaba el espíritu de la época; cada uno sus artículos correspondía a un sentimiento nacional; sus preceptos contenían el alma liberal de la raza. Y es por ello que dichos preceptos pudieron transformarse en tradición y darnos por noventa años una forma política estable.

Pero el espíritu del siglo pasado ha muerto en nosotros. Los ideales políticos de ese siglo ya no nos hacen vibrar y carecen totalmente de sentido para la actual generación. Consecuencia de ello, es que el viejo armazón constitucional creado por Portales resulte hoy del todo impotente para mantener nuestra estabilidad política. La razón o la conveniencia podrán aún impulsar a ciertos grupos a aferrarse a sus disposiciones, pero, en el fondo, éstas ya nada de común tienen con el alma nacional. La tradición que encarnaban se ha destruído por natural agotamiento, y no habrá fuerza humana capaz de restaurarla.

De aquí que los nacistas contemplemos este nuevo ensayo de constitucionalidad como uno de los tantos vaivenes de la anarquía en que vivimos. Y de aquí también que podamos predecir, con la absoluta certeza de no errar, que hoy, como en las ocasiones anteriores, el fracaso será la fatal resultante de este ensayo.

Con todo, la fuerza renovadora que habrá de sacarnos de este caos ha comenzado ya a tomar forma. En el seno de nuestra organización se genera, lenta pero firmemente, el nuevo espíritu colectivo. El alma de la raza revive, impulsada por nuevos

ideales, y de ella surgirá potente, en día no lejano, la fuerza social que generará las formas políticas de mañana.

DE BARRO Y PAJA

(Sábado 5 de Noviembre de 1932)

Aunque todavía se ignora el resultado exacto de las elecciones efectuadas el último Domingo, está ya fuera de toda duda que ellas han dejado, una vez más, los destinos del país a merced de los partidos históricos. Conservadores, radicales, liberales y demócratas se han distribuído la casi totalidad de los asientos del Congreso, y aún los escasos representantes que la elección ha asignado a agrupaciones como los partidos Radical Socialista y Social Republicano, no constituyen una excepción al resultado general, por cuanto es sabido que estas dos entidades no son sino fracciones disidentes del antiguo Partido Radical.

La opinión grave del país ha recibido este nuevo triunfo electoral de los viejos partidos con verdadero alborozo. El demuestra, según los mentores de esa opinión, de un modo irredargüible, que dichos organismos se mantienen en plena lozanía y vigor, y que han sabido resistir victoriosamente los embates de ocho años de desgobierno y anarquía. En otras palabras, el acto electoral del 30 de Octubre significaría el triunfo definitivo de la vieja reacción partidista sobre las nuevas concepciones políticas que en los últimos años han pugnado por desplazar a aquélla. Una nueva etapa del más puro gobierno democrático se anuncia desde hoy, bajo la égida de las

mismas organizaciones y de los mismos hombres que en 1924 fueron barridos de nuestro campo político.

Es evidente que quienes así opinan no han sabido penetrar el hondo y trascendental significado de los acontecimientos que presenciamos y sufrimos hace ya cerca de dos lustros. Como lo hemos sostenido en repetidas ocasiones desde estas mismas columnas, los trastornos de los últimos años no pueden interpretarse como simples accidentes en nuestra vida democrática. Ellos han sido la consecuencia obligada de la muerte de todo un régimen de gobierno, cuya paulatina descomposición se inició en los campos de batalla de Concón y Placilla.

Los vaivenes y zozobras que la política chilena experimenta desde Septiembre de 1924, no reflejan otra cosa que la impotencia en que el país se ha encontrado hasta ahora para darse nuevas formas de gobierno, en reemplazo de las fenecidas formas democrático-liberales. Tienen razón quienes afirman que nuestra actual situación es semejante a la que hubo de sufrir Chile a raíz de la Independencia. También en ese entonces quedó destruído un régimen arcaico, y el país sólo logró volver a entrar por las vías de la normalidad, una vez que hubo encontrado un sistema de gobierno que reemplazara al antiguo y un hombre de voluntad lo suficientemente fuerte para hacer imperar ese sistema sobre la anarquía ambiente.

En el actual caso de Chile, no hemos conseguido, por desgracia, hasta este momento, ni lo uno ni lo otro. A pesar de los repetidos fracasos que ya hemos experimentado en los intentos de restablecer el constitucionalismo liberal, seguimos obstinados en tan vana tarea. No queremos convencernos de que los sistemas de gobierno perecen como todas las

obras humanas, y que, una vez muertos, es una ilusión pretender hacerlos revivir.

De aquí que quienes creemos ver claro en nuestro caos político, no podamos sino contemplar, muy a nuestro pesar, con profundo recelo y desconfianza el restablecimiento de la normalidad constitucional que hoy se celebra. En realidad, lo que se ha hecho es reconstruir, en esta época del hierro y del concreto, el edificio político nacional con los mismos materiales de barro y paja de la construcción derribada, y con artífices que no dominan la técnica de las construcciones políticas que exige la época en que vivimos.

Es muy de temer, por esto, que semejante edificio no resista la más leve sacudida.

GREMIOS Y PARTIDOS

(Martes 8 de Noviembre de 1932).

Una de las características de la reciente contienda electoral, ha sido la derrota experimentada por todos los candidatos que fueron a las urnas apoyados por las organizaciones gremiales.

Este fracaso electoral de los gremios no es de extrañar, y nos atrevemos a afirmar, sin ninguna vacilación, que él se repetirá cada vez que dichas entidades pretendan tomar parte en una lucha eleccionaria en la misma forma en que ahora lo han hecho.

La razón de este fracaso estriba en el absoluto desconocimiento, por parte de los dirigentes gremiales, de la función política que a estas organizacones deberá corresponder en el futuro y de la manera de ejercitar esa función.

Cuando en Chile se habla de la necesidad de mo-

dificar el actual régimen político por un régimen basado en la fuerza de las agrupaciones gremiales, se cree, por lo común, que esto se conseguirá por una simple transformación de dichas organizaciones en otras tantas entidades políticas. Cada gremio pasaría a ser, de esta manera, un partido político, con facultad de llevar representantes al Congreso y de señalar directivas para la administración del Estado.

Basta enunciar esta concepción de la organización político-gremial, para convencerse de que ella es sencillamente disparatada. Su aplicación traería por consecuencia la más espantosa anarquía política, por cuanto los destinos del país quedarían entregados a los caprichos y las rencillas de un sinnúmero de microorganismos, cuya suprema finalidad sería defender los intereses y los apetitos contrapuestos de sus respectivos asociados.

La agrupación de los gremios en federaciones o corporaciones profesionales, para entregar a éstas la representación nacional, no mejoraría, por sí sola, de un modo apreciable la situación. El número de las entidades políticas disminuiría, pero subsistirían, con todos sus inconvenientes y peligros, las tendencias de clase o de casta de dichas entidades. Cada federación o corporación representaría sólo determinados intereses económicos, y su tarea se reduciría a hacer imperar esos intereses, sobre los de las demás. En semejante lucha, es evidente que el más perjuidcado sería el interés nacional.

Las razones que preceden, nos mueven a juzgar los intentos de acción político-gremial que desde hace algún tiempo observamos en Chile, como absolutamente descaminados y perniciosos. Demuestran ellos una total incomprensión de la concepción gremial o corporativa del Estado, y, lejos de

envolver un proceso de renovación política, sólo constituyen un síntoma más de disgregación colectiva.

Es por esto que el nacismo, así como encarna una vigorosa reacción contra los partidos políticos caducos, luchará también, con el mismo vigor, contra esta perniciosa tendencia de los gremios a transformarse en entidades partidistas al estilo democrático.

Partiendo del principio, para nosotros indiscutible, de que los gremios habrán de constituir la base de la organización del Estado del futuro, nuestro movimiento está dirigido a obtener que los organismos gremiales actúen, no como generadores aislados e inmediatos de los poderes del Estado, al estilo de las agrupaciones políticas liberales, sino que como elementos, perfectamente equilibrados, de un conjunto político superior, representativo de los altos intereses nacionales. Los gremios pasarán, en otras palabras, a constituir las células vitales del Estado, dentro del cual todos ellos actuarán en un ritmo único de expansión y de vida.

NACISMO Y TIRANIA

(Viernes 11 de Noviembre de 1932).

El Nacismo auspicia y, cuando ya su fuerza sea incontrarrestable en el país, impondrá, por los medios legales, un Gobierno fuerte, un Gobierno responsable, y que tienda, dentro de lo posible, a personalizarse.

Esta concepción del Estado y del Gobierno que mantiene el Nacismo, no significa, en manera alguna, que él quiera auspiciar la tiranía. En efecto, si

bien es cierto que el régimen ideal de Gobierno es aquel ejercido por un solo hombre, apto y patriota, en quien se depositen todos los poderes y todas las facultades, no lo es menos que ese régimen absoluto y no delimitado en ningún marco, ni sujeto a ninguna norma fija, entraña peligros evidentes y claros.

Los hombres, como las cosas, son susceptibles de descomposición. Y si, por desgracia, esto llega a suceder a aquél que tenga en sus manos los destinos de la Nación, podría llegar a cometer los más grandes atropellos y los mayores abusos.

Basado, pues, en este peligro inminente, y forjador práctico de doctrinas reales, el Nacismo no puede aceptar la tiranía.

Pero esto no significa que él rechace la idea de conferir al Director de la Nación mayores atribuciones, poderes más reales, para tender así a que, dentro de la Ley y de la Constitución, no esté constreñido en sus medidas y pueda realizar plenamente sus aspiraciones de Gobierno.

Nadie podría, por ejemplo, hablar de una Tiranía alemana, y, sin embargo, hoy por hoy, von Hindenburg, dentro de la misma Constitución alemana, tiene casi la suma del poder.

A esto tenderá el Nacismo, en la creencia de que la crisis esencial de nuestra Patria, no es social ni económica, sino que tiene su raíz principal en la falta de un Gobierno fuerte, capaz y permanente, que pueda llevar un plan metódico, sin tener que contemplar intereses creados, y con la libertad y el poder suficientes para realizarlos.

POLITICA Y POLITIQUERIA

(Viernes 11 de Noviembre de 1932).

Con cuánta frecuencia, rodeada de una aureola de purismo, oímos la categórica afirmación: «Yo no me mezclo en política». Debemos asegurar perentoriamente que tal declaración, antojadiza y falta de sentido, demuestra una carencia absoluta de civismo y refleja una concepción errada que sobre la materia existe en la masa; y este criterio equivocado es mantenido principalmente por aquella porción seleccionada de la opinión pública, que es la más apta para tomar parte en la política activa del país.

Esa errónea interpretación tiene su origen en la confusión desgraciada que se ha hecho vulgarmente de los conceptos de «Politiquería» y «Política», tan diferentes entre sí. Sería improcedente definir lo que constituye el mal que ha padecido el país desde muchos años. En cuanto a la segunda acepción, merece capítulo aparte, por ser indispensable convencer a la opinión sensata del país de que ya es tiempo de que ella tome parte, abierta y decididamente, en la política activa; provocando por ese medio la renovación y el progreso de esta tierra.

Política, según la expresión clásica más generalizada, es el arte de gobernar a los pueblos, o sea, darles leyes y normas de las cuales emanen la tranquilidad y seguridad públicas, esto es, la ciencia de establecer el respeto mutuo, la cooperación del factor capital y del factor trabajo, constituyendo la sociedad sobre bases en que ni los ricos sean una amenaza para los pobres, ni éstos para los ricos, primando siempre los derechos y deberes recíprocos cimentados en la virtud ciudadana.

Considerada, pues, la palabra **Política**, en su acepción más amplia, como es la que dejamos enunciada y única que reconocemos los nacistas, no hay razón alguna para que los ciudadanos honrados, pertenecientes a cualquiera categoría social, sin distinción de credos, se abstengan de tomar parte en ella, y muy por el contrario, es indispensable que lo hagan, especialmente en estas horas de incertidumbre y anarquía, pues de su cooperación, leal y desinteresada, puede la Patria esperar mucho.

«Chileno, a la acción», es nuestra patriótica divisa. Ciudadano consciente de tus deberes: sigue nuestro lema e inscribe tu nombre en nuestras filas, con la certeza de que tus nobles esperanzas no serán defraudadas, pues el Nacismo debe triunfar por la pureza de sus principios.

IDEOLOGIAS CRIOLLAS

(Martes 29 de Noviembre de 1932.

Una de las críticas que con mayor frecuencia se hacen a nuestro Movimiento, es la de su falta de originalidad. Los nacistas chilenos, se dice, se han limitado a imitar al hitlerismo alemán, y procuran hacer prosperar en Chile un movimiento que ha podido adquirir enormes proporciones en Alemania, gracias únicamente a las condiciones económicas y políticas especialísimas en que dicha nación se ha visto colocada como consecuencia del Tratado de Versalles. Pero aquí, se agrega, donde no tenemos ninguno de los problemas que hoy preocupan a Alemania, resulta sencillamente absurdo querer hacer surgir un movimiento similar a aquél.

Quienes así argumentan olvidan, en primer lu-

gar, que, en materia política, lo peor que puede hacer un pueblo como el nuestro es pretender ser original. Sería ridículo que nos resistiéramos a inspirarnos en las ideologías y tendencias espirituales que nos vienen de Europa, por la pretensión tonta de no aparecer como imitadores de lo que allá se crea. Nunca hemos sido originales en esta materia, ni en ninguna otra, ni lo seremos jamás. Al fin y al cabo, nuestra cultura criolla no es más que un apéndice de la cultura europea, y estamos, por esto, condenados a seguir las inspiraciones y los vaivenes de aquélla.

Cuando los revolucionrios de 1789 instauraron en Francia el régimen democrático-liberal de gobierno, nosotros, junto con los demás países de cultura occidental, nos apresuramos a seguir el ejemplo de aquella nación. Y a nadie se le ocurrió decir, por esto, que éramos plagiarios. Nuestros propios partidos políticos, ¿qué son sino un reflejo de las ideologías políticas surgidas en Europa con mucha anterioridad? ¿Acaso nuestro liberalismo no es una mala copia del liberalismo inglés, y nuestro radicalismo, una burda imitación del radicalismo francés?

Los nacistas no pretendemos ser originales. Muy por el contrario, estimamos que sería un error que lo fuésemos, teniendo a nuestra disposición las inspiraciones de pueblos más cultos y experimentados que el nuestro. Ni el mismo hitlerismo alemán es original, puesto que, tanto en sus métodos como en su ideología, está inspirado en el fascismo italiano. En realidad, es este último el único de estos movimientos que puede arrogarse el título de creador de una nueva ideología.

Pero, si no tenemos la pretensión de nuestra originalidad, tampoco aceptamos que se nos tache de plagiarios. La ideología fascista tiene, a nues-

tro juicio, un fondo de grandiosidad que la hace aplicable a todos los pueblos de nuestra cultura. No es un simple afán de imitación el que la ha hecho extenderse por el mundo entero, incluso en la liberal y tradicionalista Inglaterra. Hay en el fascismo una aspiración que no es sólo italiana, sino que mundial: la reacción del sentimiento nacional contra las degeneraciones producidas por el internacionalismo y el materialismo económico, al amparo de la orgía liberal-democrática. El fascismo es la antítesis del comunismo; es la única fuerza capaz de oponerse victoriosamente a la acción disociadora de Moscú.

En este sentido somos, pues, imitadores, y jamás pretenderemos negarlo. Pero, aunque nuestra ideología se inspire en la creada por el genio de Mussolini, no por ello nuestro Movimiento deja de ser genuinamente nacional. Nuestra obra consiste, precisamente, en adaptar el fondo de universalidad del fascismo a las necesidades y tendencias de nuestra raza.